

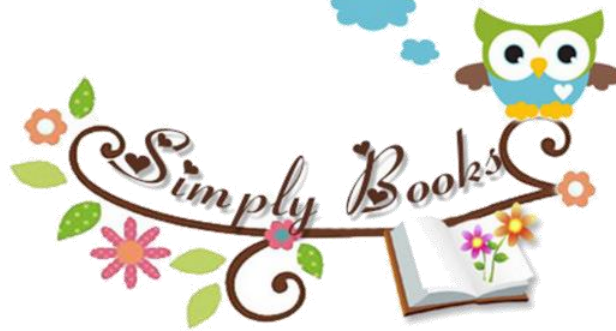


VICTORIA AVEYARD

A high-speed photograph of a crown-shaped splash of water. The water is frozen in time, forming a crown with multiple points and intricate details. Numerous small droplets are suspended in the air around the main crown shape. The entire scene is set against a solid black background, and the crown is reflected in the water below it.

QUEEN
SONG

Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!





Créditos

MODERADORA

Aria



4

TRADUCTORAS

Nelly Vanessa

Crys

CORRECTORAS

Bibliotecaria70

Loby

RECOPIACIÓN, REVISIÓN y DISEÑO

Aria



VICTORIA AVEYARD

Índice

Sinopsis

Capítulo 5

Capítulo 1

Capítulo 6

Capítulo 2

Próximamente

Capítulo 3

Sobre la autora

Capítulo 4



5

VICTORIA AVEYARD

Sinopsis

La reina Coriane, primera esposa del rey Tiberias, tiene un diario secreto, ¿cómo sino puede asegurarse de que nadie en el palacio vaya a usar sus pensamientos contra ella? Coriane relata su apasionante cortejo con el príncipe heredero, el nacimiento de un nuevo príncipe, Cal, y los desafíos potencialmente mortales que se le avecinan en la vida real.



1

Como de costumbre, Julian le dio un libro.

Igual que el año anterior, y el año antes de ese, y cada fiesta u ocasión que pudiera encontrar entre los cumpleaños de su hermana. Tenía estantes de sus supuestos regalos. Algunos en honor a la verdad, y algunos simplemente para hacer espacio en la biblioteca que él llamaba dormitorio, donde los libros estaban apilados tan altos y tan precariamente que incluso los gatos tenían problemas para navegar por las pilas laberínticas. Los temas eran variados, desde cuentos de aventuras de jinetes Prairie a aburridas colecciones de poesía sobre la insípida Corte Real que ambos se esforzaban por evitar. *Mejores para hacer leña*, decía Coriane cada vez que le dejaba otro aburrido volumen. Una vez, para su duodécimo cumpleaños, Julian le dio un antiguo texto escrito en un idioma que no podía leer. Y uno que asumió que él solo pretendía entender.

A pesar de su aversión por la mayoría de sus historias, mantenía su propia colección creciendo en los aseados estantes, en estricto orden alfabético, con sus lomos hacia adelante para mostrar los títulos en encuadernaciones de cuero. La mayoría estaba sin tocar, sin abrir, sin leer, una tragedia que aún Julian no podía encontrar palabras para lamentar. No hay nada tan terrible como una historia no contada. Pero Coriane los mantenía igual, bien despolvorados, pulidos, sus estampadas letras doradas relucientes a la luz brumosa del verano o en las sombras grises del invierno. *De Julian* estaba garabateado en cada uno, y eran esas palabras las que ella atesoraba por encima de casi todo. Solo sus verdaderos regalos eran amados más: los manuales y guías enfundadas en plástico, escondidas entre las páginas de una genealogía o de una enciclopedia. Unos cuantos permanecían junto a su cama, metidos debajo de su colchón, que retiraba por la noche cuando podía devorar esquemas técnicos y estudios de máquinas. Cómo construir, romper, y mantener los motores de transporte, chorros de aire, equipos de telegrafía, incluso bombillas y estufas de cocina.

Su padre no estaba de acuerdo, como era habitual. Una hija Plateada de una Casa Alta noble no debería tener los dedos manchados de aceite de motor, las uñas astilladas por herramientas “prestadas” o los ojos inyectados de sangre por demasiadas noches pasadas esforzándose con literatura inadecuada. Pero Harrus Jacos olvidaba sus dudas cada vez que la pantalla de video en la sala hacía cortocircuito, lanzando chispas y emborronando las transmisiones. *Arréglala, Cori, arréglala*. Hacía lo que le mandaba, esperando cada vez que fuera esa la que lo convenciera. Solo para tenerla perdiendo el tiempo con comentarios desdeñosos pocos días más tarde, y todo su buen trabajo olvidado.



Se alegraba de que se hubiera ido, estaba en la capital ayudando a su tío, lord de la Casa Jacos. De esa manera ella podría pasar su cumpleaños con la gente que amaba. Es decir, su hermano, Julian, y Sara Skonos, quien había venido especialmente para la ocasión. *Volviéndose más guapa cada día*, pensó Coriane, notando a su amiga más querida. Habían pasado meses desde su último encuentro, cuando Sara cumplió quince años y se mudó permanentemente a la Corte Real. No tanto tiempo en realidad, pero ya la chica parecía diferente, más avispada. Sus pómulos asomaban cruelmente debajo de la piel de alguna manera más pálida que antes, como si hubieran sido drenados. Y sus ojos grises, una vez estrellas brillantes, parecían oscuros, llenos de sombras. Pero su sonrisa venía fácilmente, como siempre alrededor de los niños Jacos. *Alrededor de Julian en realidad*, Coriane lo sabía. Y su hermano igual, con una amplia sonrisa, manteniendo una distancia que ningún chico desinteresado pensaría conservar. Era quirúrgicamente consciente de sus movimientos, y Coriane era quirúrgicamente consciente de su hermano. A los diecisiete años, no era demasiado joven para las propuestas, y sospechaba que habría una en los próximos meses.

Julian no se había molestado en envolver su regalo. Ya era hermoso por su cuenta. Encuadernación de piel, a rayas polvorientas amarillo-dorados de la Casa Jacos, con la Ardiente Corona de Nortia en relieve en la tapa. No había título en la portada o en el lomo y Coriane podía decir que no había una guía oculta en sus páginas. Frunció el ceño un poco.

—Ábrelo, Cori —le dijo Julian, deteniéndola antes de que pudiera lanzar el libro al magro montón de los otros regalos. Todos insultos velados: guantes para ocultar las manos “comunes”, vestidos poco prácticos para una Corte que se negaba a visitar, y una caja de dulces ya abierta que su padre no quería que comiera. Desaparecerían para la hora de la cena.

Coriane hizo lo que le indicó y abrió el libro para encontrarlo vacío. Sus páginas estaban en blanco crema. Arrugó la nariz, sin molestarse en fingir ser una hermana agradecida. Julian no requería ese tipo de mentiras, y vería a través de ellas de todos modos. Lo que es más, no había nadie aquí para regañarla por tal comportamiento. *Madre está muerta, padre se ha ido, y la prima Jessamine todavía está benditamente dormida*. Solo Julian, Coriane y Sara estaban sentados solos en la sala del jardín, tres gotas inquietas en el frasco polvoriento que era la finca Jacos. Era una habitación ancha que hacía juego con el siempre presente dolor hueco en el pecho de Coriane. Unas ventanas de arco daban a un bosque enmarañado de rosas una vez ordenadas, que no habían visto las manos de un jardinero en una década. El suelo necesitaba un buen barrido y las cortinas doradas estaban grises por el polvo, y muy probablemente telarañas también. Incluso el cuadro sobre la chimenea de mármol manchada de hollín extrañaba su marco dorado, vendido hace mucho tiempo. El hombre que miraba desde el lienzo desnudo era el propio abuelo de Coriane y Julian, Janus Jacos, que sin duda se desesperaría por la finca de su familia. Pobres nobles, aprovechándose de un nombre y tradiciones antiguas, conformándose con poco y menos cada año.

Julian se rio, haciendo el sonido habitual. *Cariñosa exasperación*, Coriane lo sabía. Era la mejor manera de describir su actitud hacia su hermana menor. Dos años más joven que él, y siempre dispuesta a recordarle su edad e intelecto superior. Suavemente, por supuesto. Como si eso lo hiciera diferente.



—Es para que escribas en él —siguió, deslizando los dedos largos y delgados sobre las páginas—. Tus pensamientos, lo que haces con tu día.

—Sé lo que es un diario —respondió ella, cerrando totalmente el libro. No le importaba, no se molestaría en estar ofendida. Julian lo sabía mejor que nadie. *Incluso cuando capto mal las palabras*—. Y mis días no merecen un registro.

—Tonterías, eres bastante interesante cuando lo intentas.

Coriane sonrió.

—Julian, tus chistes están mejorando. ¿Por fin has encontrado un libro que te enseñe humor? —Sus ojos parpadearon hacia Sara—. ¿O a alguien?

Mientras que Julian se sonrojaba, sus mejillas azules con sangre plateada, Sara lo tomó con calma.

—Soy una curandera, no hacedora de milagros —dijo, su voz una melodía.

Sus risas se unieron haciéndose eco, llenando el vacío de la propiedad de la casa por un momento. En la esquina, el viejo reloj sonó, tocando la hora de la fatalidad de Coriane. Concretamente, la prima Jessamine, llegaría en cualquier momento.

Julian se apresuró a ponerse de pie, estirando una forma desgarrada en transición a la edad adulta. Todavía crecería más, tanto hacia arriba como hacia fuera. Coriane, por otro lado, había sido de la misma altura durante años y no presentaba ninguna señal de cambiar. Era normal en todo, desde los ojos azules casi incoloros a su débil cabello castaño que obstinadamente se negaba a crecer mucho más allá de sus hombros.

—No querías esto, ¿verdad? —dijo él estirando la mano hacia su hermana. Tomó un par de caramelos glaseados con azúcar de la caja, ganándose un golpe violento en respuesta. *Al diablo la etiqueta. Esos son míos*—. Cuidado —advirtió él—. Se lo diré a Jessamine.

—No hay necesidad —se escuché la voz como un silbato aflautado de su anciana prima, haciéndose eco en la entrada con columnas de la sala. Con un siseo de molestia, Coriane cerró los ojos, intentando borrar a Jessamine Jacos de la existencia. *No sirve para nada, por supuesto. No soy una Susurradora. Solo una Cantante*. Y a pesar de que podía haber intentado utilizar las escasas habilidades con Jessamine, solo terminaría mal. Tan vieja como era Jessamine, su voz y su capacidad seguían como un látigo de agudas, mucho más rápidas que las de ella. *Terminaré fregando suelos con una sonrisa si pongo a prueba*.

Coriane puso una expresión cortés y se volvió para encontrar a su prima apoyada en un enojado bastón, una de las últimas cosas hermosas en su casa. Por supuesto, pertenecía a la más indecente. Jessamine desde hace mucho tiempo había dejado de frecuentar a los curadores de piel Plateados, para “envejecer con gracia” según sus propias palabras. Aunque, en realidad, la familia ya no podía permitirse tales tratamientos de la más talentosa Casa Skonos, o incluso de los aprendices a curanderos de piel de nacimiento común. Su piel estaba hundida ahora, con un gris pálido, con manchas de color púrpura a través de sus manos arrugadas y cuello. Hoy llevaba una seda color limón envuelta alrededor de su cabeza, para ocultar el menguante cabello



blanco que apenas cubría su cuero cabelludo, y un vestido que fluía para conjuntar. Los bordes comidos por polillas estaban bien escondidos, sin embargo. Jessamine destacaba en crear ilusiones.

—Sé un amor y lleva esos a la cocina, Julian, ¿podrías? —dijo, señalando con un dedo largo clavado en los dulces—. El personal estará muy agradecido.

Hizo falta toda la fuerza de Coriane para no burlarse. “El personal” era poco más que un mayordomo Rojo más viejo que Jessamine, que ni siquiera tenía *dientes*, así como el cocinero y dos doncellas jóvenes, que se esperaba que de alguna manera mantuvieran toda la finca. Podrían disfrutar de los dulces, pero por supuesto Jessamine no tenía verdadera intención de dejarles. *Terminarán en la parte inferior de la basura, o escondidos en su propia habitación.*

Julian sentía exactamente lo mismo, a juzgar por su torcida expresión. Pero discutir con Jessamine era tan inútil como con los árboles en la huerta vieja y dañada.

—Por supuesto, prima —dijo con una voz más adecuada para un funeral. Sus ojos eran de disculpa, mientras los de Coriane estaban resentidos. Le miró con una sonrisa de desprecio apenas disimulado mientras Julian le ofrecía un brazo a Sara, la otra recogiendo su inapropiado regalo. Ambos estaban ansiosos por escapar del dominio de Jessamine, pero reacios a dejar a Coriane atrás. Aun así, lo hicieron, escabulléndose del el salón.

Está bien, déjenme aquí. Siempre lo hacen. Abandonada con Jessamine, quien se había propuesto volver a Coriane una hija apropiada de la Casa Jacos. En pocas palabras: *silenciosa.*

Y siempre se lo dejaba a su padre, a su regreso de la corte, de largos días de espera a que el Tío Jared muriera. El jefe de la Casa Jacos, gobernador de la región Aderonack, no tenía hijos propios, así que sus títulos pasarían a su hermano, y luego a Julian después de él. Por lo menos, ya no tenía más hijos. Los gemelos, Jenna y Caspio, fueron asesinados en la Guerra Lakelander, dejando a su padre sin un heredero de su carne, por no hablar de la voluntad de vivir. Era solo cuestión de tiempo antes de que el padre de Coriane ocupara el ancestral asiento, y no quería perder tiempo en hacerlo. Coriane encontraba el comportamiento perverso en el mejor de los casos. No podía imaginar hacerle una cosa así a Julian, sin importar lo enfadada que estuviera. Mantenerse al margen y verlo consumirse por el dolor. Era un acto sin amor feo, y la idea hizo que su estómago se retorciera. *Pero no tengo deseo de liderar a nuestra familia, y padre es un hombre de ambición, si no de tacto.*

Lo que pensaba hacer con su eventual ascenso, no lo sabía. La Casa Jacos era pequeña, sin importancia, los gobernadores un remanso con poco más que la sangre de una Casa Alta para mantenerlos calientes por la noche. Y, por supuesto, Jessamine, para asegurarse de que todos fingieran que no se estaban ahogando.

Ella se sentó con la gracia de la mitad de su edad, golpeando su bastón contra el suelo sucio.

—Absurdo —murmuró, golpeando una bruma de motas de polvo que se arremolinaron en un haz de luz solar—. Es tan difícil encontrar buena ayuda en estos días.



Especialmente cuando no puedes pagarles, se burló Coriane en su cabeza.

—Ciertamente, prima. Muy difícil.

—Bueno, entrégamelos. Vamos a ver lo que ha enviado Jared —dijo. Extendió una mano con garras, abriéndola y cerrándola en un gesto que le puso la piel de gallina a Coriane. Se mordió el labio entre los dientes, masticando para evitar decir algo equivocado. En su lugar, levantó los dos vestidos que eran regalos de su tío y los dejó sobre el sofá donde Jessamine estaba posada.

Olfateando, Jessamine los examinó como Julian hacía con sus textos antiguos. Entrecerró los ojos en la costura y los encajes, en el roce de la tela, tirando de hilos invisibles perdidos en ambos vestidos dorados.

—Adecuado —dijo después de un largo momento—. Si no anticuado. Ninguno de estos son de última moda.

—Qué sorpresa. —Coriane no pudo evitar hablar arrastrando las palabras.

Zas. El bastón golpeó el suelo.

—Sin sarcasmo, es impropio de una dama.

Bueno, cada dama que he conocido parece bien versada en él, incluida tú. Si siquiera pueda llamarte dama. En realidad, Jessamine no había estado en la Corte Real en al menos una década. No tenía idea de lo que era la última moda, y, cuando estaba profundamente embriagada con ginebra, ni siquiera podía recordar qué rey estaba en el trono.

—¿Tiberias el Sexto? ¿El Quinto? No, es el Cuarto todavía, sin duda, el viejo no morirá. —Y Coriane le recordaba suavemente que estaban gobernados por Tiberias *el Quinto*.

Su hijo, el príncipe heredero, sería Tiberias el Sexto cuando su padre muriera. Aunque con su sabor de renombre por la guerra, Coriane se preguntó si el príncipe viviría lo suficiente para llevar una corona. La historia de Nortá estaba llena de instigadores Calore que morían en la batalla, sobre todo segundos príncipes y primos. Ella deseaba en silencio que el príncipe muriera, aunque solo fuera para ver qué pasaba. No tenía hermanos que supiera, y los primos Calore eran pocos, por no hablar de débiles, si podía confiar en las lecciones de Jessamine. Nortá había luchado contra los Lakelanders durante un siglo, pero sin duda había otra guerra interna en el horizonte. Entre las Grandes Casas, para poner a otra familia en el trono. No es que la Casa Jacos estaría involucrada en absoluto. Su insignificancia era un constante, igual que la prima Jessamine.

—Bueno, si las comunicaciones de tu padre son de creer, estos vestidos deberían de ser útiles muy pronto —continuó Jessamine mientras dejaba los regalos. Sin preocuparse por la hora o la presencia de Coriane, sacó una botella de vidrio de ginebra de su vestido y tomó un abundante sorbo. El aroma a enebro llenó el aire.

Con el ceño fruncido, Coriane levantó la vista de sus manos, ahora ocupadas retorciéndose en los nuevos guantes.

—¿El tío está enfermo?



Zas.

—Qué pregunta más estúpida. Ha estado enfermo durante años, como sabes.

Su rostro ardió plateado con un rubor florido.

—Quiero decir, peor. ¿Está peor?

—Harrus cree que sí. Jared se ha retraído en sus aposentos en la corte, y rara vez asiste a banquetes sociales, por no hablar de reuniones administrativas o del consejo con los gobernadores. Tu padre lo sustituye más y más en estos días. Por no mencionar el hecho de que tu tío parece decidido beber hasta terminar las arcas de la Casa Jacos. —Otro trago de ginebra. Coriane casi se rio ante la ironía—. Qué egoísta.

—Sí, egoísta —murmuró la joven. *No me has deseado feliz cumpleaños, prima.* Pero no insistió en ese tema. Le dolía que la llamara ingrata, aunque fuera una sanguijuela.

—Otro libro de Julian, veo, oh, y guantes. Maravilloso, Harrus tomó mi sugerencia. Y Skonos, ¿qué te ha traído?

—Nada. —*Aún.* Sara le dijo que esperara, que su regalo no era algo para ser apilado con los demás.

—¿Sin regalo? Sin embargo, se sienta aquí, comiendo nuestra comida, ocupando espacio...

Coriane hizo todo lo posible para que las palabras de Jessamine flotaran sobre ella y se alejaran, igual que las nubes en un cielo con viento. En su lugar, se centró en el manual que leyó anoche. *Baterías. Cátodos y ánodos, uso primario descartado, el secundario puede ser recargado...*

Zas.

—¿Sí, Jessamine?

Una vieja mujer de ojos muy saltones miró hacia Coriane, su molestia escrita en cada arruga.

—No hago esto para mi beneficio, Coriane.

—Bueno, ciertamente no por el mío —no pudo evitar sisear.

Jessamine se rio en respuesta, su risa tan crispada que podría escupir polvo.

—Eso te gustaría, ¿no? ¿Pensar que me siento aquí contigo, soportando tus ceños y amargura por diversión? Piensa menos de ti misma, Coriane. Lo hago por nada más que la Casa Jacos, por todos nosotros. Sé lo que somos mejor que tú. Y me acuerdo de lo que éramos antes, cuando vivíamos en la corte, cuando negociábamos tratados, éramos tan indispensables para los reyes Calore como su propia llama. *Me acuerdo.* No hay mayor dolor o castigo que la memoria. —Giró su bastón sobre la mano, contando las joyas que pulía todas las noches con un dedo. Zafiros, rubíes, esmeraldas y un diamante. Regalos de pretendientes o amigos o familiares, Coriane no lo sabía. Pero eran el tesoro de Jessamine, y sus ojos brillaban como las gemas—. Tu padre será lord de la Casa Jacos, y tu hermano después de él. Eso te deja en la necesidad de un lord propio. ¿Deseas quedarte aquí para siempre?



Como tú. La implicación era clara, y de alguna manera Coriane descubrió que no podía hablar por el repentino nudo en su garganta. Solo podía mover la cabeza. *No, Jessamine, no quiero quedarme aquí. No quiero ser tú.*

—Muy bien —dijo Jessamine. Golpeó su bastón una vez más—. Vamos a empezar el día.

Más tarde esa noche, Coriane se sentó a escribir. Su pluma voló a través de las páginas del regalo de Julian, derramando tinta como un cuchillo haría con la sangre. Escribió de todo. De Jessamine, de su padre, de Julian. El sentimiento de hundimiento porque su hermano la abandonaría dejándola navegar la llegada del huracán sola. Tenía a Sara ahora. Los había pillado besándose antes de la cena, y mientras sonreía, fingiendo reír, fingiendo estar complacida por sus rubores y explicaciones tartamudeadas, Coriane perdía la esperanza en silencio. *Sara era mi mejor amiga. Sara era lo único que me pertenecía.* Pero ya no. Igual que Julian, Sara se alejaría, hasta que Coriane se quedara con solo el polvo de una casa y una vida olvidada.

Porque no importaba lo que dijera Jessamine, cómo se pavoneara y mintiera acerca de las llamadas perspectivas de Coriane, no había nada que hacer. *Nadie se casará conmigo, al menos nadie con quien me quiera casar.* Perdía la esperanza por eso y lo aceptaba al mismo tiempo. *Nunca saldré de este lugar, escribió. Estas paredes doradas serán mi tumba.*



2

Jared Jacos recibió dos funerales.

El primero fue en la corte en Archeon, un brumoso día de lluvia en primavera. El segundo una semana después, en la finca en Aderonack. Su cuerpo se uniría a la tumba de la familia y descansaría en un sepulcro de mármol pagado con una de las joyas del bastón de Jessamine. La esmeralda había sido vendida a un comerciante de joyas en Archeon del Este mientras Coriane, Julian, y su vieja prima miraban. Jessamine parecía distante, sin molestarse en ver cómo la piedra verde pasaba de la mano del nuevo lord Jacos y al joyero Plateado. *Un hombre común*, Coriane lo sabía. No llevaba los colores de las casas, pero era más rico que ellos, con ropa fina y una buena cantidad de joyas. *Puede que seamos nobles, pero este hombre nos podría comprar a todos si quisiera.*

La familia vestía de negro, como era la costumbre. Coriane tuvo que pedir prestado un vestido para la ocasión, uno de los muchos vestidos horribles de luto de Jessamine, ya que Jessamine había asistido y supervisado más de una docena de funerales en la Casa Jacos. A la joven le picaba el atuendo, pero se mantuvo quita aun cuando salieron del barrio comercial, en dirección al gran puente que cruzaba el Río Capital, conectando ambos lados de la ciudad. *Jessamine me regañaría o me pegaría si empezaría a rascarme.*

No era la primera visita de Coriane a la capital, o incluso su décima. Había estado allí muchas veces, por lo general a las órdenes de su tío, para mostrar la llamada fuerza de la Casa Jacos. Una idea tonta. No solo eran pobres, sino que su familia era pequeña, gastada, sobre todo con los gemelos lejos. No hacían juego con los árboles genealógicos en expansión de las Casas Iral, Samos, Rhambos, y más. Linajes ricos que podrían apoyar el inmenso peso de sus muchas relaciones. Sus lugares como Altas Casas estaban firmemente cimentados en la jerarquía de ambos, nobleza y gobierno. No era así con los Jacos, si el padre de Coriane, Harrus, no podía encontrar una manera de demostrar su valía a sus compañeros y a su rey. Por su parte, Coriane no veía de ninguna manera de que lo hiciera. Aderonack estaba en la frontera Lakelander, una tierra de pocas personas y bosque profundo que nadie necesitaba para conseguir madera. No podían reclamar minas o fábricas o incluso tierras fértiles. No había nada de uso en su rincón del mundo.

Se había atado un cinto dorado alrededor de su cintura, apretando el vestido mal ajustado, de cuello alto, en un intento de parecer un poco más presentable, si no a la moda. Coriane se dijo a sí misma que no le importaban los susurros de la corte, las



burlas de las demás señoritas que la miraban como si fuera un error, o peor, una *Roja*. Todas eran chicas crueles, chicas tontas, que esperaban con gran expectación cualquier noticia de La Prueba de la Reina. Pero por supuesto eso no era cierto. Sara era una de ellas, ¿no? Una hija de lord Skonos, en entrenamiento para ser curandera, se mostraba como una gran promesa con sus habilidades. Lo suficiente para dar servicio a la familia real si seguía por esa ruta.

No deseo tal cosa, dijo Sara una vez, confiando en Coriane meses antes, durante una visita. *Será un desperdicio si me paso la vida sanando cortes de papel y patas de gallo. Mis habilidades serían tendría mejor uso en las trincheras de Choke o en los hospitales de Corvium. Los soldados mueren allí cada día, sabes. Rojos y Plateados, ambos asesinados por bombas de los Lakelander y balas, desangrándose hasta la muerte porque gente como yo se queda aquí.*

Nunca se lo diría a nadie, y menos a su lord padre. Tales palabras eran más adecuadas para la medianoche, cuando dos chicas podían susurrar sus sueños sin miedo a las consecuencias.

—Quiero construir cosas —le dijo Coriane a su mejor amiga en tal ocasión.

—¿Construir qué, Coriane?

—¡Aviones, aeronaves, transportes, pantallas de video, hornos! No sé, Sara, no lo sé. Solo quiero hacer algo.

Sara sonrió entonces, sus dientes relucientes en un haz delgado de luz de luna.

—Hacer algo contigo misma, quieres decir. ¿No, Cori?

—No he dicho eso.

—No tienes que hacerlo.

—Puedo ver por qué a Julian le gustas tanto.

Eso calló a Sara de inmediato, y se durmió poco después. Pero Coriane se mantuvo con los ojos abiertos, mirando las sombras en las paredes, preguntándose.

Ahora, en el puente, en medio de un caos de colores brillantes, hacía lo mismo. Nobles, ciudadanos, comerciantes parecían flotar ante ella, su piel fría, su ritmo lento, ojos duros y oscuros, sin importar su color. Bebían por la mañana con codicia, un hombre saciado seguía bebiendo agua, mientras otros se morían de sed. Los otros eran Rojos, por supuesto, usando las bandas que los marcaban. Los criados entre ellos llevaban uniformes, algunas a rayas con los colores de la Casa Alta a la que servían. Sus movimientos eran determinados, con los ojos mirando hacia adelante, corriendo con sus encargos y pedidos. *Al menos tienen un propósito*, pensó Coriane. *No como yo.*

De pronto sintió la necesidad de agarrarse a la farola cercana, de envolver sus brazos alrededor de ella para no dejarse llevar como una hoja en el viento, o una piedra cayendo al agua. Volando o ahogándose o ambos. Yendo a donde alguna otra fuerza deseaba. Más allá de su propio control.

La mano de Julian se cerró alrededor de su muñeca, obligándola a tomar su brazo. *Él lo logrará*, pensó, y la tensión se relajó en ella. *Julian me mantendrá aquí.*

Más tarde, anotó poco del funeral oficial en su diario, siempre salpicado de manchas de tinta y tachaduras. Su ortografía estaba mejorando, sin embargo igual que



su caligrafía. No escribió nada del cuerpo del tío Jared, su piel más blanca que la luna, drenado de sangre por el proceso de embalsamamiento. No anotó cómo temblaba el labio de su padre, traicionado por el dolor que realmente sentía por la muerte de su hermano. Sus escritos no eran sobre la forma en que la lluvia se detuvo, solo el tiempo suficiente para la ceremonia o la multitud de señores que había venido a presentar sus respetos. Ni siquiera se molestó en mencionar la presencia del rey, o la de su hijo, Tiberias, quien tenía las cejas oscuras y una expresión aún más sombría.

El tío se ha ido, escribió en lugar de todo eso. Y de alguna manera, de alguna forma, le envidio.

Como siempre, guardó el diario cuando terminó, escondiéndolo debajo del colchón de su habitación con el resto de sus tesoros. Es decir, una pequeña paleta de herramientas. Celosamente guardadas, tomadas del jardinero quien las había abandonado en casa. Dos destornilladores, un delicado martillo, un juego de alicates de punta fina y una llave inglesa oxidada casi más allá de su uso. Casi. Había una bobina de alambre espigado también, cuidadosamente elaborada a partir de una antigua lámpara de la esquina que nadie echaría de menos. Igual que la finca, la casa de la ciudad de los Jacos en Archeon del Oeste era un lugar en decadencia. Y húmedo también, en medio de la tormenta, dándoles a las antiguas paredes la sensación de una cueva que goteaba.

Todavía llevaba su vestido negro y cinturón dorado, con lo que se dijo que eran gotas de agua colgando de sus pestañas, cuando Jessamine irrumpió por la puerta. Para quejarse, por supuesto. No había tal cosa como un banquete sin una Jessamine agitada, mucho menos uno en la corte. Hizo todo lo posible para poner a Coriane tan presentable como era posible con el escaso tiempo y los medios disponibles, como si su vida dependiera de ello. *Tal vez lo hacía. Cualquiera que sea la vida en la que está tan interesada. Tal vez la corte tenga la necesidad de otra instructora de etiqueta para niños nobles, y piensa que hacer milagros conmigo le ganará la posición.*

Incluso Jessamine quiere irse.

—Ahí estás, ahora nada de esto —murmuró Jessamine, limpiando las lágrimas de Coriane con un pañuelo de papel. Otra pasada, esta vez con un lápiz negro de tiza, para que sus ojos destacaran. Salvaje púrpura-azul en sus mejillas, dándole la ilusión de una estructura ósea. Nada en los labios, Coriane nunca había dominado el arte de no tener pintalabios en los dientes o en el vaso de agua—. Supongo que será suficiente.

—Sí, Jessamine.

Por mucho que la anciana se deleitaba con la obediencia, la forma de Coriane la hizo detenerse. La chica estaba triste, claramente, tras el funeral.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Es el vestido?

No me importan las sedas negras desteñidas o los banquetes o esta vil corte. No me importa nada de eso.

—Nada en absoluto, prima. Solo tengo hambre, supongo. —Coriane eligió una salida fácil, lanzando un defecto a Jessamine para ocultar otro.



—Misericordia sobre tu apetito —respondió ella, poniendo los ojos en blanco—. Recuerda, debes comer con delicadeza, como un pájaro. Siempre debe haber comida en tu plato. Picar, picar, *picar*...

Picar, picar, picar. Las palabras se sentían como uñas afiladas picando en el cráneo de Coriane. Pero forzó una sonrisa igualmente. Se mordió las comisuras de la boca, haciéndose tanto daño como le hacían las palabras, la lluvia y la sensación de caída que la habían perseguido desde el puente.

En la planta baja, Julian y su padre ya estaban esperando, acurrucados cerca de un fuego humeante en el hogar. Sus trajes eran idénticos, negros con pálidos cintos dorados sobre el pecho desde el hombro hasta la cadera. El Señor Jacos tocó tentativamente el alfiler recién adquirido pegado en su cinturón, un cuadrado de oro desgastado tan antiguo como su casa. Nada comparado con las gemas, medallones, e insignias de los otros gobernadores, pero suficiente para este momento.

Julian captó la atención de Coriane, comenzando a guiñarle el ojo para su beneficio, pero su aire abatido lo detuvo en seco. Se mantuvo cerca de ella todo el camino hasta el banquete, sosteniendo su mano en el transporte de alquiler, y luego su brazo mientras cruzaban las grandes puertas de la Plaza del César. El Palacio Whitefire, su destino, se extendía a su izquierda, dominando el lado sur de la Plaza de azulejos ahora ocupada con los nobles.

Jessamine zumbaba con entusiasmo, a pesar de su edad, y se aseguraba de sonreír y asentir a todos los que pasaban. Incluso saludó con la mano, dejando que las mangas que fluían de su vestido negro y dorado se deslizaran por aire.

Comunicándose con la ropa, Coriane lo sabía. *Completamente estúpido. Igual que el resto de esta danza que terminará con la mayor desgracia y caída de la Casa Jacos. ¿Por qué retrasar lo inevitable? ¿Por qué jugar un partido en el que no podemos aspirar a competir?* No podía comprenderlo. Su cerebro conocía bien los circuitos de la gran sociedad, y se desesperaba por entender lo último. No había ninguna razón para la corte de Norta, o incluso para su propia familia. Incluso para Julian.

—Sé lo que le has pedido a padre —murmuró, cuidando de mantener la barbilla metida en su hombro. Su chaqueta ahogaba su voz, pero no lo suficiente para que reclamara que no podía oírla.

Sus músculos se tensaron debajo de ella.

—Cori...

—Debo admitir que no lo entiendo. Pensaba... —Su voz se quedó atrapada—. Pensaba que querías estar con Sara, ahora que vamos a tener que ir a la corte.

Has pedido ir a Delphie, para trabajar con los eruditos y excavar en las ruinas en lugar de aprender sobre el señorío como la mano derecha de padre. ¿Porque has hecho eso? ¿Por qué, Julian? Y el peor problema de todos, era que no tenía fuerzas para preguntarle: *¿cómo puedes dejarme a mí también?*

Su hermano dejó escapar un largo suspiro y la apretó con más fuerza.

—Lo quería... lo quiero. Pero...

—¿Pero? ¿Ha pasado algo?



—No, nada en absoluto. Bueno o malo —añadió, y pudo oír el toque de una sonrisa en su voz—. Solo sé que ella no dejará la corte si estoy aquí con padre. No puedo hacerle eso. Este lugar... no la dejaré atrapada aquí en este pozo de serpientes.

Coriane sintió una punzada de dolor por su hermano y su noble, desinteresado y estúpido corazón.

—La dejarías ir al frente, entonces.

—No hay *dejarla* en lo que me concierne. Ella debe poder tomar sus propias decisiones.

—¿Y si su padre, lord Skonos, no está de acuerdo? —Como seguramente no lo estará.

—Entonces me casaré con ella como estaba previsto y la llevaré a Delphie conmigo.

—Siempre hay un plan contigo.

—Ciertamente lo intento.

A pesar de la oleada de felicidad, su hermano y mejor amigo *casado*, el familiar dolor tiró de las entrañas de Coriane. *Ellos estarán juntos, y te dejarán sola.*

Los dedos de Julian se apretaron en los suyos de repente, cálidos a pesar de la lluvia llena de niebla.

—Y, por supuesto, mandaré a buscarte también. ¿Crees que te dejaría enfrentarte a la corte real con nadie más que padre y Jessamine? —Entonces la besó en la mejilla y le guiñó un ojo—. Piensa un poco mejor de mí, Cori.

Por su bien, ella forzó una amplia sonrisa blanca que brilló bajo las luces del palacio. No sintió nada de su brillo. *¿Cómo puede Julian ser tan inteligente y tan estúpido al mismo tiempo?* La dejaba perpleja y la entristecía en sucesión. Incluso si su padre accedía a que Julian fuera a estudiar a Delphie, a Coriane no se le permitiría hacer lo mismo. No era de una gran inteligencia, ni tenía encanto, ni belleza, ni era una guerrera. Su utilidad radicaba en el matrimonio, en una alianza, y no había nada que se pudiera encontrar en los libros o en la protección de su hermano.

Whitefire estaba hecho con los colores de la Casa Calore, negro y rojo y plata real en cada columna de alabastro. Las ventanas parpadeaban con la luz interior, y los sonidos de una fiesta rugiente se filtraban desde la gran entrada, dirigida por los propios guardias centinelas del rey en sus flamantes túnicas y máscaras. Mientras los pasaban, sin soltar la mano de Julian, Coriane se sintió menos como una dama, y más como una prisionera siendo llevada a su celda.



3

Coriane hizo todo lo posible para *picar, picar, picar* su comida.

También debatió embolsarse unos tenedores dorados con incrustaciones. Ojalá la Casa Merandus no estuviera frente a ellos en la mesa. Ellos eran Susurradores, todos, lectores de mente que probablemente conocían las intenciones de Coriane tan bien como ella. Sara le dijo que debería poder sentirlo, notar si uno de ellos asomaba la cabeza, y se mantuvo rígida, en el borde, tratando de ser consciente de su propio cerebro. Eso le hizo quedarse en silencio y con el rostro blanco, mirando intensamente su plato de comida separada y sin comer.

Julian trató de distraerla, igual que Jessamine, aunque ella lo hizo sin querer. Todo menos hacerle cumplidos al Señor y la Señora Merandus sobre todo, desde sus trajes a juego (un traje para el señor y vestido para la dama, ambos brillantes como un cielo azul-negro estrellado) a las ganancias de sus tierras ancestrales (sobre todo en Haven, incluyendo el barrio marginal de técnicos de Merry Town, el lugar que Coriane sabía que difícilmente era feliz). La cría Merandus parecía decidida a ignorar a la Casa Jacos lo mejor que podía, manteniendo su atención en sí misma y en la elevada mesa de banquetes donde comían los miembros de la realeza. Coriane no pudo evitar robarles una mirada también.

Tiberias V, Rey de Norta, estaba en el centro naturalmente, sentado alto y delgado en su ornamentada silla. Su vestido negro de uniforme estaba recortado con seda carmesí y malla de plata, todo meticulosamente perfecto y en su lugar. Era un hombre hermoso, más que guapo, con ojos dorados líquidos y pómulos por los que los poetas llorarían. Incluso su barba, regiamente salpicada de gris, estaba prolijamente rapada con una perfección filosa. Según Jessamine, su Prueba de la Reina era un baño de sangre de guerra en el que las señoritas competían para ser su reina. A ninguna parecía importarle que el rey nunca las amara. Solo querían ser la madre de sus hijos, mantener su confianza, y ganar una corona por ellas mismas. La reina Anabel, una Olvido de la Casa Lerolan, fue la que lo hizo. Estaba sentada a la izquierda del rey, con una sonrisa, con los ojos en su único hijo. Su uniforme militar estaba abierto por el cuello, revelando una tormenta de fuego de joyas en el cuello, rojo, naranja y amarillo como la habilidad explosiva que poseía. Su corona era pequeña pero difícil de ignorar y unas gemas negras brillaban cada vez que se movía, tenía puesta una gruesa banda dorada y rosa.



El amante del rey llevaba una banda similar en la cabeza, aunque las piedras preciosas estaban ausentes de esta corona. A él no parecía importarle, su sonrisa brillaba con fiereza mientras sus dedos se entrelazaban con los del rey. El príncipe Robert de la Casa Iral. No tenía ni una gota de sangre real, pero conservó el título durante décadas a las órdenes del rey. Igual que la reina, llevaba un derroche de gemas, azul y rojos en los colores de su casa, lo que lo hacía más sorprendente por su uniforme negro, largo cabello ébano, e impecable piel de bronce. Su risa era musical, y se oía más que las muchas voces que se hacían eco a través de la sala de banquetes. Coriane pensó que tenía una mirada amable, algo extraño para alguien que llevaba tanto tiempo en la corte. Eso la consoló un poco, hasta que se dio cuenta de su propia casa sentada junto a él, todos duros y listos, con los ojos como dardos y sonrisas salvajes. Trató de recordar sus nombres, pero solo sabía el de su hermana, lady Ara, la cabeza de la Casa Iral, pareciéndolo en todo su ser. Como si sintiera su mirada, los ojos oscuros de Ara brillaron hacia Coriane, y tuvo que mirar a otra parte.

Al príncipe. Tiberias VI un día, pero solo Tiberias ahora. Un adolescente, de la edad de Julian, con la sombra de la desigual barba de su padre en su mandíbula. Favorecía el vino, a juzgar por la copa vacía siendo rellenada a toda prisa y el rubor plateado que florecía en sus mejillas. Lo recordaba del funeral de su tío, un hijo obediente de pie estoico junto a la tumba. Ahora sonreía con facilidad, intercambiando bromas con su madre.

Sus ojos se encontraron con los de ella por un momento, mirando por encima del hombro de la reina Anabel para encontrar a la chica Jacos con un vestido viejo. Él asintió rápidamente, reconociéndola con su mirada, antes de regresar a sus travesuras y a su vino.

—No puedo creer que ella lo permita —dijo una voz al otro lado de la mesa.

Coriane se volvió para encontrar a Elara Merandus también mirando a la familia real, sus ojos penetrantes y angulados entornados con disgusto. Igual que los de sus padres, el traje de Elara brillaba, de seda azul oscura y gemas blancas con clavos, a pesar de que llevaba una blusa envuelta con mangas acuchilladas en lugar de un vestido. Su cabello era largo, violentamente recto, caía en una cortina de ceniza rubia sobre un hombro, revelando una oreja salpicada con cristales brillantes. El resto de ella era tan meticulosamente perfecto. Oscuras pestañas largas, piel más pálida que la porcelana y sin defectos, con la gracia de algo pulido y cortado a la perfección. Ya consciente de sí misma, Coriane tiró del cinto alrededor de su cintura. No deseaba nada más que salir de la sala e ir de regreso a la casa de la ciudad.

—Estoy hablando contigo, Jacos.

—Perdóname si estoy sorprendida —respondió Coriane, haciendo todo lo posible para mantener su voz estable. Elara no era conocida por su amabilidad, o mucho más para el caso. A pesar de ser la hija de un lord gobernante, Coriane se dio cuenta de que sabía poco de la chica Susurradora—: ¿De qué estás hablando?

Elara puso en blanco los brillantes ojos azules con la gracia de un cisne.

—De la reina, por supuesto. No sé cómo aguanta compartir una mesa con la puta de su marido, y mucho menos con su familia. Es un insulto, claro como el día.



Una vez más, Coriane miró al príncipe Robert. Su presencia parecía calmar al rey, y si a la reina verdaderamente le importaba, no lo demostraba. Mientras miraba, los tres miembros coronados de la realeza hablaban entre sí en una conversación suave. Pero el príncipe heredero y su copa se habían ido.

—Yo no lo permitiría —siguió Elara, apartando su plato. Estaba vacío, comido totalmente. *Por lo menos tiene el coraje suficiente para comer su comida*—. Y sería casa la que estaría allí arriba, no la de él. Es el derecho de la reina y de nadie más.

Así que competirá en La Prueba de la Reina, entonces.

—Por supuesto que lo haré.

El miedo explotó en Coriane, helándola. *¡Ella...?*

—Sí. —Había una sonrisa malvada en el rostro de Elara.

Quemó algo en Coriane y casi cayó de nuevo en estado de shock. No sentía nada, ni siquiera una caricia dentro de su cabeza, sin indicios de que Elara estuviera escuchando sus pensamientos.

—Yo... —tartamudeó—. Disculpa. —Sus piernas se sentían extrañas mientras permanecía de pie, tambaleante a través de trece platos. Pero aun así por sus propios medios, por suerte. *Blanco blanco blanco blanco*, pensó, imaginando paredes blancas y papel blanco y todo blanco en su cabeza. Elara solamente observaba, riéndose en su mano.

—¿Cori...? —Oyó decir a Julian, pero no la detuvo. Tampoco Jessamine, quién no quería hacer una escena. Y su padre no se dio cuenta en absoluto, más absorto en algo que el Señor Provos le estaba diciendo.

Blanco blanco blanco blanco.

Sus pasos eran suaves, no demasiado rápidos o demasiado lentos. *¿A qué distancia debo estar?*

Más lejos dijo Elara con un despreciable ronroneo en su cabeza. Estuvo a punto de tropezar ante la sensación. La voz resonó a su alrededor y en ella, desde las ventanas a los huesos, de las lámparas de araña en el techo hasta la sangre golpeando en sus oídos. *Más lejos, Jacos.*

Blanco blanco blanco blanco.

No se dio cuenta de que estaba susurrando las palabras para sí misma, fervientes como una oración, hasta que estuvo fuera de la sala de banquetes, en un pasillo, y a través de una puerta de vidrio grabado. Había un pequeño patio alrededor de ella, con olor a lluvia y a flores dulces.

—*Blanco blanco blanco blanco* —murmuró una vez más, moviéndose más profundo en el jardín. Las magnolias estaban torcidas en un arco, formando una corona de flores blancas y ricas hojas verdes. Ya apenas llovía, y se acercó más a los árboles en busca de refugio de los últimos goteos de la tormenta. Hacía más frío de lo que esperaba, pero Coriane le dio la bienvenida. Elara ya no se hacía eco.

Suspirando, se sentó en un banco de piedra debajo de la arboleda. Su toque era más frío todavía y se abrazó a sí misma.



—Puedo ayudar con eso —dijo una voz profunda, las palabras lentas y perseverantes.

Coriane se giró, con los ojos abiertos. Esperaba a Elara acechándola, o a Julian, o a Jessamine regañándola por su abrupta salida. La figura de pie a unos pocos metros de distancia claramente no era ninguno de ellos.

—Su Alteza —dijo Coriane, saltando sobre sus pies para poder inclinarse correctamente.

El príncipe heredero Tiberias estaba de pie sobre ella, agradable en la oscuridad, con un vaso en una mano y una botella medio vacía en la otra. La dejó ir a través de los movimientos y amablemente no dijo nada de su falta de forma.

—Eso será suficiente —dijo finalmente, haciendo un gesto para que se pusiera de pie.

Ella lo hizo a toda prisa, enderezándose para enfrentarlo.

—Sí su Alteza.

—¿Te apetece una copa, mi lady? —dijo, a pesar de que ya se estaba llenando su copa. Nadie era tan tonto como para rechazar una oferta del príncipe de Norta—. No es un abrigo, pero vas a entrar en calor lo suficiente. Lástima que no haya whisky en estas funciones.

Coriane forzó un movimiento de cabeza.

—Es una pena, sí —se hizo eco, sin haber probado la picadura del licor marrón. Con manos temblorosas, tomó la copa llena, sus dedos rozaron los suyos por un momento. Su piel estaba cálida como una piedra al sol, y fue golpeada por la necesidad de sostener su mano. En cambio, bebió del vino tinto.

Él la igualó, aunque bebió directamente de la botella. *Qué grosero*, pensó, mirando sacudirse su garganta al tragar. *Jessamine me mataría si hiciera eso.*

El príncipe no se sentó a su lado, sino que mantuvo su distancia, por lo que solo podía sentir el fantasma de su calidez. Lo suficiente para saber que su sangre corría caliente incluso en la humedad. Se preguntó cómo se las arreglaba para llevar un traje de corte sin sudar en él. Una parte de ella deseaba que se sentara, solamente para poder disfrutar del calor de segunda mano de sus habilidades. Pero eso sería incorrecto, por ambas partes.

—Eres la sobrina de Jarred Jacos, ¿verdad? —Su tono era amable y bien entrenado. Un entrenador de etiqueta, probablemente, lo seguía desde su nacimiento. Una vez más, no esperó una respuesta a su pregunta—. Mis condolencias, por supuesto.

—Gracias. Mi nombre es Coriane —ofreció, dándose cuenta de que no se lo había preguntado. *Solo pregunta las respuestas que ya sabe.*

Él inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Sí. Y no voy a hacer el ridículo con ambos al presentarme.

A pesar de la corrección, Coriane se sintió sonreír. Bebió el vino de nuevo, sin saber qué otra cosa hacer. Jessamine no le había dado mucha instrucción en conversar



con miembros de la realeza de la Casa Calore, y mucho menos con el futuro rey. *Habla cuando se te hable* fue todo lo que podía recordar, por lo que mantuvo los labios apretados con tanta fuerza que formaron una línea delgada.

Tiberias rio abiertamente ante la vista. Tal vez estaba un poco borracho, y totalmente divertido.

—¿Sabes lo molesto que es tener que llevar *cada conversación*? —Se rio entre dientes—. Hablo con Robert y con mis padres más que con nadie, simplemente porque es más fácil que extraer las palabras de las otras personas.

Qué miserable para ti, espetó en su cabeza.

—Eso suena horrible —dijo, tan modestamente como pudo—. ¿Tal vez cuando sea rey, pueda hacer algunos cambios en la etiqueta de la corte?

—Suena agotador —murmuró bebiendo más vino—. Y sin importancia, en el esquema de las cosas. Hay una guerra en curso, en caso de que no lo hayas notado.

Estaba en lo correcto. El vino la calentó un poco.

—¿Una guerra? —dijo—. ¿Dónde? ¿Cuándo? No he oído nada de eso.

El príncipe se volvió hacia ella rápidamente, solo para encontrar a Coriane sonriendo un poco ante su reacción. Se rio de nuevo, y apuntó con la botella hacia ella.

—Me has atrapado por un segundo, Lady Jacos.

Sin dejar de sonreír, se movió al banco, sentándose a su lado. No lo suficientemente cerca como para tocarse, pero Coriane todavía estaba inmóvil, su borde juguetón olvidado. Él fingió no darse cuenta. Ella hizo todo lo posible para mantener la calma y estar preparada.

—Así que estoy aquí bebiendo en la lluvia porque mis padres desaprueban que esté borracho en frente de la corte. —Su calor estalló, pulsando con su molestia interior. Coriane se deleitó con la sensación ya que el frío había llegado a sus huesos—. ¿Cuál es tu excusa? No, espera, déjame adivinar. Estabas sentada con la Casa Merandus, ¿verdad?

Apretando los dientes, asintió.

—El que organizó las mesas me debe odiar.

—Los organizadores de fiestas no odian a nadie más que a mi madre. No es buena para las decoraciones o las flores o los mapas de asientos, y piensan que está descuidando sus deberes de reina. Por supuesto, eso es una tontería —añadió rápidamente. Otro trago—. Ella se sienta en más consejos de guerra que padre y entrena lo suficiente por los dos.

Coriane recordó a la reina en su uniforme, con un esplendor de medallas en su pecho.

—Es una mujer impresionante —dijo, sin saber qué más decir. Su mente fue de nuevo a Elara Merandus, mirando a los miembros de la realeza, disgustada por la tan llamada rendición de la reina.



—Ciertamente. —Sus ojos se movieron, aterrizando en la copa vacía—. ¿Te importaría beberte el resto? —preguntó, y esta vez realmente estaba esperando una respuesta.

—No debería —dijo, poniendo la copa de vino en el banco—. De hecho, debería volver a entrar. Jessamine, mi prima se pondrá furiosa conmigo. —*Espero que no me regañe durante toda la noche.*

En lo alto, el cielo se había profundizado a negro, y las nubes se estaban alejando, despejando la lluvia para revelar a las brillantes estrellas. El calor corporal del príncipe, alimentado por su habilidad ardiente, creaban un bolsillo agradable alrededor de ellos, uno que Coriane se resistía a dejar. Dejó escapar un firme suspiro, atrayendo un último aliento de los árboles de magnolia, y se obligó a ponerse en pie.

Tiberias saltó con ella, todavía prudente con sus modales.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó como cualquier caballero haría. Pero Coriane leyó la renuencia de sus ojos y lo despidió.

—No, no voy a castigarnos a los dos.

Sus ojos brillaron con eso.

—Hablando de castigos, si Elara te susurra alguna otra vez, muéstrale la misma cortesía.

—¿Cómo, cómo has sabido que era ella?

Una nube de tormenta de emociones cruzó su rostro, la mayoría de ellas desconocidas para Coriane. Pero la ira sin duda la reconoció.

—Ella sabe, como todo el mundo que mi padre convocará La Prueba de la Reina pronto. No dudo de que se meta en la cabeza de cada doncella, para aprender de sus enemigos y de su presa. —Con una velocidad casi viciosa, bebió lo último de su vino, vaciando la botella. Pero no estuvo vacía por mucho tiempo. Algo en su muñeca se movió, un destello de color amarillo y blanco. Encendió en llamas en el interior del cristal, quemando las últimas gotas de alcohol en su jaula verde—. Me han dicho que su técnica es precisa, casi perfecta. Que no la sentirás si no quiere que lo hagas.

Coriane saboreó la bilis en la parte posterior de su boca. Se concentró en la llama en la botella, aunque solo fuera para evitar la mirada de Tiberias. Mientras miraba, el calor agrietó el cristal, pero no lo rompió.

—Sí —dijo con la voz ronca—. Se siente como nada.

—Bueno, eres una Cantante, ¿no es así? —Su voz era de repente dura como su llama, un amarillo fuerte, enfermizo detrás de un cristal verde—. Dale de probar su propia medicina.

—No podría. No tengo la habilidad. Y, además, hay leyes. No utilizamos la capacidad en contra de nuestra propia gente, fuera de los canales adecuados...

Esta vez, su risa fue hueca.

—¿Y esa Elara Merandus sigue esa ley? Ella te golpea tú le devuelves el golpe, Coriane. Esa es la forma de mi reino.



—Sin embargo, no es tu reino —se oyó murmurar.

Pero a Tiberas no le importó. De hecho, sonrió sombríamente.

—Sospechaba que tenías fuerza de voluntad, Coriane Jacos. En algún lugar ahí.

No tengo fuerza de voluntad. La ira silbó dentro de ella, pero nunca podría darle voz. Era el príncipe, el futuro rey. Y ella no era nadie en absoluto, una excusa floja para una hija plateada de una Alta Casa. En lugar de quedarse de pie con la espalda recta, como deseaba hacer, se inclinó en una reverencia más.

—Su Alteza —dijo, dejando caer sus ojos a sus botas.

Él no se movió, no cerró la distancia entre ellos como haría un héroe de sus libros. Tiberias Calore dio un paso atrás y la dejó ir sola, volviendo a una cueva de lobos sin escudo, excepto su propio corazón.

Después de una cierta distancia, oyó la botella hacerse añicos, escupiendo vidrio a través de los árboles de magnolia.

Un príncipe extraño, una noche aún más extraña, escribió más tarde. *No sé si alguna vez quiero volver a verlo. Pero parecía solo también. ¿No deberíamos estar solos juntos?*

Al menos Jessamine ha estado demasiado borracha para regañarme por salir corriendo.



4

La vida en la corte tampoco era mejor o peor que la vida en la finca.

El gobierno venía con mayores ingresos, pero ni de lejos los suficientes para levantar la Casa Jacos mucho más que los servicios básicos. Coriane seguía sin tener su propia criada, no es que ella quisiera una, aunque Jessamine continuaba cacareando sobre necesitar ayuda para la suya. Por lo menos la mansión de Archeon era más fácil de mantener, que la finca de Aderonack ahora cerrada después del traslado de la familia a la capital.

De alguna manera lo echo de menos, escribió Coriane. El polvo, los jardines enredados, el vacío y el silencio. Tantos rincones que eran míos, lejos de mi padre y de Jessamine e incluso de Julian. Más que nada lamentaba la pérdida del garaje y las dependencias. La familia no había poseído un transporte que funcionase en años, y mucho menos contratado un conductor, pero los restos permanecían. Allí estaba la enorme estructura del transporte privado, de seis plazas, su motor trasladado al suelo como un órgano. Calentadores de agua estropeados, hornos viejos reutilizados por partes, sin mencionar desaparecidos y acabados de su hace mucho tiempo ido personal de jardinería, cubrían las diversos casitas y terrenos. Dejo atrás rompecabezas sin terminar, piezas que nunca se juntarán. Se siente un derroche. No por los objetos, sino por mí misma. He pasado tanto tiempo quitando cables o contando tornillos. ¿Para qué? ¿Para conocimiento que nunca voy a usar? ¿Conocimiento que es maldito, inferior, estúpido, para todos los demás? ¿Qué he hecho para mí misma durante quince años? Una gran creación de nada. Supongo que echo de menos la antigua casa porque estaba conmigo en mi vacío, en mi silencio. Pensaba que odiaba la finca, pero creo que odio más la capital.

Lord Jacos rechazó la petición de su hijo, por supuesto. Su heredero no iría a Delphie para traducir desmoronadas crónicas e insignificantes archivos de artefactos.

—No hay sentido en ello —dijo. Al igual que no veía sentido en la mayor parte de lo que hacía Coriane, y con frecuencia expresaba esa opinión.

Los dos hijos estaban destrozados, sintiendo que el escape de ambos había sido arrebatado. Incluso Jessamine observó sus caídas emocionales a pesar de que tampoco dijo nada al respecto. Pero Coriane sabía que su prima fue con calma con ella sus primeros meses en la corte, o más bien, dándole duro a la bebida. Por mucho que Jessamine hubiera hablado de Archeon y Summerton, tampoco parecía gustarle mucho, si su consumo de ginebra era alguna indicación.



Con más frecuencia que no, Coriane podía escabullirse durante las “siestas” diarias de Jessamine. Iba a la ciudad muchas veces con la esperanza de encontrar un sitio que le gustase, algún lugar para anclarla en el recién agitado mar de su vida.

No encontró un sitio así, en su lugar encontró a una persona.

Le había pedido que le llamase Tibe después de unas pocas semanas. Un apodo, usado entre la familia real y unos pocos amigos.

—Muy bien entonces —dijo Coriane, de acuerdo con su petición—. Decir “Su Alteza” estaba empezando a ser un poco pesado.

Al principio se encontraron por casualidad, en el inmenso puente que atravesaba el Río Capital, conectando los dos lados de Archeon. Una maravillosa estructura de espirales de acero y pilares de metal, soportando tres niveles de calles, plazas y centros comerciales. Coriane no estaba tan deslumbrada por los comercios de seda o los distinguidos restaurantes sobresaliendo por encima del agua, sino más interesada en el mismo puente, su construcción. Intentó entender cuántas toneladas de metal había debajo de sus pies, su mente un frenesí de ecuaciones. Al principio no había observado a los Centinelas caminando delante de ella, tampoco al príncipe que seguían. Él estaba sobrio esta vez, sin una botella en la mano, y pensó que iba a pasar por su lado.

En cambio, se detuvo a su lado, su calidez un gentil flujo como un toque del sol de verano.

—Lady Jacos —dijo, siguiendo su mirada hasta el acero del puente—. ¿Algo interesante?

Ella inclino su cabeza en una reverencia, pero no quería avergonzarse a si misma con otra humilde inclinación.

—Eso creo —contestó ella—. Solo me estaba preguntando cuántas toneladas de metal sostienen, con la esperanza de que nos sujete.

El príncipe dejo salir una ráfaga de risas con notas de nervios. Movi6 sus pies, como si de repente se hubiera dado cuenta de cuan alto estaban del agua.

—Hare lo posible para mantener este pensamiento fuera de mi cabeza —murmuró él—. ¿Alguna otra idea de miedo para compartir?

—¿Cuánto tiempo tienes? —dijo ella con una media sonrisa. Media solo, porque algo tiraba del resto, sopesándolo. La jaula de la capital, no era un lugar feliz para Coriane.

Ni Tiberias Calore.

—¿Me harías el favor de caminar conmigo? —preguntó él, extendiendo un brazo. Esta vez Coriane no vio vacilación en él, o incluso la pensativa duda de pregunta. Ya sabía su respuesta.

—Por supuesto. —Y deslizó su brazo en el de él.

Esta va ser la última vez que sostengo el brazo de un príncipe, pensó mientras caminaban por el puente. Pensaba eso cada vez, y siempre estaba equivocada.

A principios de junio, una semana antes de que la corte dejase Archeon por el más pequeño pero casi tan grande palacio de verano, Tibe trajo a alguien para que la



conociese. Iban a encontrarse en Archeon del Este, en el jardín exterior de las esculturas, fuera del teatro Hexaprin. Coriane llegó pronto, porque Jessamine empezó a beber durante el desayuno, y estaba ansiosa por salir. Por una vez, su relativa pobreza era una ventaja. Sus ropas eran normales, claramente Plateadas, con los colores de su casa, dorado y amarillo, pero nada remarcable. Ninguna piedra preciosa para denotar que era una dama de las casas nobles, como alguien que merecía la pena notar. Ni siquiera un sirviente en uniforme para permanecer a unos pocos pasos detrás. Los otros Plateados que flotaban entre la colección de esculturas de mármol apenas la vieron, y por una vez, le gustó que fuera así.

La cúpula verde de Hexaprin se elevaba encima, dándole sombra del aún elevado sol. Un cisne negro de granito suave y perfecto se elevaba en lo alto, con su cuello largo arqueado y sus alas ampliamente abiertas, cada pluma meticulosamente esculpida. Un hermoso monumento para el exceso Plateado. *Y probablemente hecho por Rojos*, supo mirando alrededor. No había Rojos cerca, pero ellos rebosaban en la calles. Unos pocos se detenían para mirar el teatro, sus miradas se elevaban hasta un lugar que nunca podrían habitar. *Quizás pueda traer a Eliza y Melanie algún día*. Se preguntó si a las criadas les gustaría esto, o estarían avergonzadas por tal caridad.

Nunca lo supo. La llegada de Tibe borró todos los pensamientos de sus sirvientes Rojos, y la mayoría de las otras cosas con ello.

No tenía la belleza de ninguno de sus padres, pero era hermoso a su manera. Tibe tenía una fuerte mandíbula, todavía obstinadamente intentando dejar crecer la barba, con expresivos ojos dorados y una sonrisa traviesa. Sus mejillas se enrojecían cuando bebía y su risa se intensificaba, mientras ondeaba su cabeza, pero al momento estaba sobrio como un juez e inquieto. *Nervioso*, se dio cuenta Coriane mientras se movía para encontrarse con él y su séquito.

Hoy iba vestido sencillamente, *pero no tan pobre como yo*. Sin uniforme, ni medallas, nada oficial para denotar esto como un evento real. Vestía una simple chaqueta de lana gris oscuro, encima de una camisa blanca, pantalones color granate, y botas negras relucientes como espejos. Los Centinelas no iban tan informales. Sus máscaras y sus condenadas togas eran indicio suficiente de su derecho de nacimiento.

—Buenos días —dijo él, y ella observó sus dedos tamborileando a sus costados—. He pensado que podríamos ver *Fall of Winter*. Es nueva, de Piemont.

Su corazón brincó por eso. El teatro era una extravagancia que su familia difícilmente podría afrontar y a juzgar por el destello en los ojos de Tibe, él lo sabía.

—Por supuesto, eso suena maravilloso.

—Bien —replicó él, entrelazando sus brazos. Era una reacción normal para los dos ahora, pero aun así el brazo de Coriane hormigueó ante su tacto. Había decidido hace mucho que lo suyo era sólo amistad, *él es un príncipe, atado a la Prueba de la Reina*, sin embargo todavía podía disfrutar de su presencia.

Dejaron el jardín, dirigiéndose por los escalones de mármol hacia el teatro y la fuente de la plaza antes de la entrada. La mayoría se detenía para hacerles espacio, mirando cómo su príncipe y una noble dama cruzaban hacia el teatro. Unos cuantos hicieron fotos, el flash cegando a Coriane, pero Tibe sonrió a todos ellos. Estaba



acostumbrado a esta clase de cosas. A ella tampoco le importaba, no realmente. De hecho, se preguntaba si había o no una manera para atenuar la luz de las cámaras, y evitar que cegasen a cualquiera que se acercara. El pensamiento de bombillas y cables y gafas de sol la tuvieron ocupada hasta que Tibe habló.

—Por cierto, Robert se nos unirá —soltó mientras cruzaban la puerta, caminando por el mosaico de cisnes negros tomando vuelo. Al principio Coriane apenas lo escuchó, aturdida como estaba por el precioso Hexaprin, con sus paredes de mármol, escaleras, explosión de flores y techos con espejos colgando con docenas de candelabros. Pero después de un segundo, cerró la mandíbula y se volvió hacia Tibe para encontrarlo enrojecido furiosamente, peor de lo que alguna vez lo había visto.

Parpadeó mirándole, preocupada. En su mente vio al amante de la reina, el príncipe que no era de la realeza.

—Por mí está bien —dijo, con cuidado en mantener su voz baja. Había una multitud formándose, impaciente para entrar al espectáculo matinal—. ¿A no ser que tú no lo estés?

—No, no, estoy feliz de que venga. Y... yo le pedí que viniera. —De alguna manera el príncipe estaba balbuceando sus palabras y Coriane no podía entender por qué—. Quería que te conociera.

—Oh —dijo ella, sin saber qué otra cosa decir. Después bajó la mirada hasta su vestido, sencillo, sin estilo, y frunció el ceño—. Desearía haberme puesto otra cosa. No todos los días conoces un príncipe —añadió ella con un guiño.

Él soltó una risa con alegría y alivio.

—Inteligente, Coriane, muy inteligente.

Pasaron las taquillas, igual que la entrada pública del teatro. Tibe la llevó arriba por una de las escaleras en espiral, ofreciéndole una mejor vista del enorme hall. Igual que en el puente, se preguntó quién había construido este, pero muy adentro lo sabía. Mano de obra Roja, maestros artesanos Rojos, con quizás unos pocos Magnetrons para ayudar en el proceso. Ahí estaba la habitual punzada de escepticismo. *¿Cómo podían los sirvientes crear tanta belleza y aun así ser considerados inferiores? Son capaces de hacer maravillas distintas a las nuestras.*

Ganaban las habilidades trabajando y practicando más que por nacimiento. *¿Esto no es igual a la fortaleza Plateada, sino más grande?* Pero ella no se obsesionó con esos pensamientos durante mucho tiempo. Nunca lo hacía. *Esta es la forma del mundo.*

El palco real estaba al final de un largo y alfombrado pasillo decorado con cuadros. Muchos eran de los príncipes Robert y la reina Anabel, ambos grandes patrocinadores del arte en la capital. Tibe los señaló con orgullo, deteniéndose en un retrato de Robert y su madre en plena gala.

—Anabel *odia* este cuadro —dijo una voz desde el final del pasillo. Igual que su risa, la voz del príncipe Robert tenía algo melódico en ella, y Coriane se preguntó si tenía sangre de Cantante en su familia. El príncipe se acercó, moviéndose silenciosamente por la alfombra con largas y elegantes zancadas.



Un Seda, reconoció Coriane, recordando que él era de la Casa Iral. Su habilidad era agilidad, equilibrio, dejándole movimientos rápidos y acrobacias como de seda. Su largo cabello caía sobre un hombro, reluciente en rizos oscuros negro azabache. Mientras cerraba la distancia entre ellos, Coriane observó canas en su sien, como también arrugas alrededor de sus ojos y boca.

—Ella no piensa que haya un parecido real, demasiado hermosa, ya conoces a tu madre —continuó Robert, deteniéndose delante de la pintura. Hizo un gesto hacia el rostro de Anabel y después al suyo—. Pero yo creo que está bien. Después de todo, ¿quién no necesita algo de ayuda de vez en cuando? —añadió con un guiño—. Lo sabrás bastante pronto, Tibe.

—No si puedo remediarlo —replicó Tibe—. Posar para pinturas puede ser el acto más aburrido del reino.

Coriane le fulminó con la mirada.

—Un pequeño precio a pagar, sin embargo. Para una corona.

—Bien dicho Lady Jacos, bien dicho. —Se rio Robert, echando su cabello hacia atrás—. Camina con paso ligero al lado de esta, chico. Aunque parece que ya te has olvidado de tus modales.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Tibe, y ondeando la mano le hizo un gesto a Coriane para que se acercarse—. Tío Robert, esta es Coriane de la Casa Jacos, hija del lord Harrus, Gobernador de Aderonack. Y Coriane, este es el príncipe Robert de Iral, consorte de Su Alteza Real, el rey Tiberias V.

Su reverencia había mejorado en los últimos cuatro meses, pero no mucho. Aun así, lo intentó, sólo para que Robert la atrajera a un abrazo. Olía a lavanda y *¿pan horneado?*

—Un placer conocerte finalmente —dijo sosteniéndola a distancia. Por una vez Coriane no sentía como si hubiera sido examinada. Ahí no parecía ser una antipática espina en el cuerpo de Robert, y él le sonrió cálidamente—. Vamos ahora, deberían de empezar de un momento a otro.

Igual que Tibe había hecho antes, Robert tomó su brazo, dándole palmaditas como un adorable abuelo.

—Tienes que sentarte conmigo, por supuesto.

Algo se tensó en el pecho de Coriane, una desconocida sensación. Era esto... ¿felicidad? Pensó que sí.

Sonriendo tan ampliamente como pudo, miró por encima de su hombro para ver a Tibe siguiéndoles, su mirada en ella, su sonrisa alegre y aliviada.

El día siguiente, Tibe se fue con su padre para ver las tropas en la fortaleza de Delphie, dejando a Coriane libre para visitar a Sara. La Casa Skonos tenía una opulenta mansión en la colina de Archeon, pero también disfrutaban de apartamentos en el mismísimo Palacio Whitefire, por si la familia real tuviera la necesidad de la habilidad de algún curandero en algún momento. Sara la esperaba en la puerta sin acompañamiento, su sonrisa perfecta para los guardias, pero una advertencia para Coriane.



—¿Qué pasa? ¿Qué es? —susurró tan pronto como a los jardines al exterior de los aposentos Skonos.

Sara se acercó a los árboles, hasta que estuvieron a poca distancia del muro cubierto de hiedra, con enormes rosales en el otro lado, impidiéndoles a las dos ser vistas. Un hormigueo de pánico pasó por Coriane. *¿Había pasado algo? ¿A los padres de Sara? ¿Estaría equivocado Julian, Sara les dejaría para ir a la guerra?* El egoísmo de Coriane tenía la esperanza de que no fuera el caso. Quería a Sara igual que a Julian, pero no era deseable verla irse aunque fuera por sus propias aspiraciones. Ya el pensamiento la llenó con temor, y sintió lágrimas escocer en sus ojos.

—Sara, vas a... ¿vas a...? —empezó tartamudeando pero Sara le hizo una señal que no con la mano.

—Oh Cori, esto no tiene nada que ver conmigo. No te atrevas a llorar —añadió, forzando una sonrisa mientras abrazaba a Coriane—. Lo siento, no quería molestarte. Simplemente no quería ser escuchada por casualidad.

El alivio fluyó a través de Coriane.

—Gracias a mis colores —murmuró—. ¿Entonces qué requiere tanto secretismo? ¿Tú abuela te ha pedido que le arregles las cejas otra vez?

—Definitivamente espero que no.

—¿Entonces qué?

—Has conocido al príncipe Robert.

Coriane bufó.

—¿Y? Esto es la corte, todo el mundo conoce a Robert...

—Todo el mundo *lo conoce*, pero no tienen audiencias particulares con el amante del rey. De hecho, él no es para nada querido.

—No puedo imaginar por qué. Probablemente es la persona más agradable de aquí.

—Celos más que nada, y unos pocos de las tradicionales casas creen que es malo subirlo tanto de rango. “El prostituto coronado” es el término más usado, me parece.

Coriane enrojeció, por las dos cosas, furia y vergüenza en nombre de Robert.

—Bueno, si es escandaloso conocerlo y que me guste, no me importa lo más mínimo. Tampoco le importó a Jessamine, en realidad, estaba bastante emocionada cuando le expliqué...

—Porque Roberto no es el escándalo, Coriane. —Sara tomó su manos, y Coriane sintió un poco de la habilidad de su amiga filtrarse en su piel. Una fría sensación que significaba que su herida de un corte con papel de ayer estaría curada en un parpadeo—. Eres tú y el príncipe heredero, vuestra cercanía. Todo el mundo sabe lo cerrada que es la familia real, especialmente cuando se trata de Robert. Lo valoran y lo protegen por encima de todo. Si Tiberias quería que os conocáis entonces...

A pesar de la placentera sensación, Coriane dejó caer las manos de Sara.



—Somos amigos. Eso es todo lo que alguna vez podemos ser. —Forzó una risa que era bastante impropia de ella—. No puedes pensar en serio que Tibe me ve como algo más, que *desea* o incluso *puede desear* algo más conmigo.

Esperaba que su amiga se riera con ella, que se lo tomase como una broma. En cambio, Sara nunca había parecido tan seria.

—Todas las señales apuntan a que sí, Coriane.

—Bueno, estás equivocada. Yo no... él no... y además, está la Prueba de la Reina. Debe ser pronto, está en la edad, y nadie me va elegir a mí.

Otra vez Sara tomó la mano de Coriane y le dio un suave apretón.

—Creo que lo hará.

—No me digas eso —susurró Coriane. Miró hacia las rosas, pero era el rostro de Tibe el que veía. Era muy familiar ahora, después de meses de amistad. Conocía su nariz, sus labios, su mandíbula, sus ojos más que nada. Removían algo en ella, una conexión que no había conocido y no podía hacer con otra persona. Se veía a sí misma en ellos, su propia pena, su propia alegría. *Somos iguales* pensó. *Buscando algo para mantenernos anclados, ambos solitarios en una sala llena.*

—Es imposible. Y decirme esto, darme cualquier clase de esperanza de que él esté interesado... —Suspiró y se mordió el labio—. No necesito este dolor de cabeza sumado a todo lo demás. Él es mi amigo, y yo soy su amiga. Nada más.

Sara no era del tipo fantasiosa o soñadora. Se preocupaba más por arreglar huesos rotos que corazones rotos. Así que Coriane no pudo impedir no creerla cuando habló, incluso contra sus propias dudas.

—Amigos o no, Tibe te prefiere. Y solo por esto, debes tener cuidado. Acaba de pintar un blanco en tu espalda, y cada chica en la corte lo sabe.

—Cada chica en la corte difícilmente sabe quién soy, Sara.

Aun así, volvió a casa en alerta.

Y esa misma noche soñó con cuchillos de seda, cortándola en trozos.



5

No habrá Prueba de la Reina.

Habían pasado dos meses en el Salón del Sol y con cada amanecer la corte esperaba un anuncio. Nobles y damas molestaban al rey, preguntando cuándo iba a elegir su hijo una novia de sus hijas. Él no estaba conmovido por ninguna de las peticiones, recibiendo a todas con sus bonitos, estoicos ojos. La reina Anabel estaba bastante igual, sin dar ninguna indicación sobre cuándo iba a concretar su hijo comprometerse con su deber más importante. Sólo el príncipe Robert tenía la audacia de sonreír, sabiendo precisamente qué tormenta se conglomeraba en el horizonte. Los susurros se elevaban a medida que el tiempo pasaba. Se preguntaban si Tiberias era como su padre, prefiriendo hombres a mujeres, pero incluso entonces, estaba obligado a elegir una reina para dar a luz a sus propios hijos. Otros eran más astutos, eligiendo el camino de migas de pan que Robert cuidadosamente había dejado para ellos. Pretendían ser señales amables y útiles. *El príncipe ha hecho clara su elección, y ninguna arena va cambiar su opinión.*

Coriane Jacos cenaba con Robert con regularidad, igual que con la reina Anabel. Ambos fueron rápidos en alabar a la joven chica, tanto que los chismosos se preguntaban si la casa Jacos era tan débil como aparentaba.

—¿Un truco? —decían—. ¿Una pobre máscara para esconder un rostro poderoso?

Los cínicos entre ellos encontraron otra explicación.

—Es una cantante, una manipuladora. Mira en los ojos del príncipe y lo hace amarla. No sería la primera vez que alguien rompe nuestras leyes por la corona.

Lord Harrus se deleitaba con la recién descubierta atención. La usaba como ventaja, para aprovecharse del futuro de su hija para conseguir monedas y créditos. Pero era un pobre jugador en un largo y complicado juego. Había perdido tanto como prestado, apostando en cartas igual que en fondos de acciones o garantías malas, riesgos caros para mejorar su región gobernada. Había financiado dos minas al orden de lord Samos, quien le aseguró ricos filones de hierro en las montañas de Aderonack. Ambos fracasaron en semanas, presentándose con nada más que suciedad.

Solo Julian estaba al tanto de tanto fracaso, y tenía cuidado en mantenerlo lejos de su hermana. Tibe, Robert y Anabel hacían lo mismo, protegerla de los



peores rumores, trabajando en colaboración con Julian y Sara para mantener a Coriane feliz en su ignorancia. Pero por supuesto, Coriane escuchó todas las cosas incluso con protección. Y para mantener a su familia y amigos lejos de preocupaciones, mantenerlos *felices*, ella pretendía ser lo mismo. Solo su diario sabía el coste de tantas mentiras.

Padre nos enterrará con sus dos manos. Se aprovecha de mí con sus por así llamarlos amigos, diciéndoles que soy la próxima reina de este país. No creo que alguna vez antes me haya prestado atención, e incluso ahora, es diminuta, no para mi propio beneficio. Pretende amarme por otro, por Tibe. Solo cuando alguien más parece ver valor en mí parece ser condescendiente en hacer lo mismo.

Por culpa de su padre, soñaba con una Prueba de la Reina que no ganaba, en ser arrojada de lado y devuelta a la antigua finca. Una vez ahí, se veía obligada a dormir en la tumba de la familia, al lado del inmóvil y desnudo cuerpo de su tío. Cuando los cuerpos se retorcían, las manos alcanzaban su garganta, se había despertado bañada en sudor, incapaz de dormir por el resto de la noche.

Julian y Sara me creen débil, frágil, una muñeca de porcelana que va romperse en añicos si la tocan, escribió. Lo peor de todo, es que estoy empezando a creerlos. ¿Realmente soy tan frágil? ¿Tan inútil? ¿Seguramente podría ser de ayuda, si Julian solo preguntara? ¿Son las lecciones de Jessamine lo mejor que puedo hacer? ¿En qué me estoy convirtiendo en este sitio? Dudo que siquiera recuerde cómo se reemplaza una bombilla. No soy alguien que reconozca. ¿Es esto lo que significa crecer?

Por culpa de Julian, soñaba con estar en una bonita habitación. Pero cada puerta estaba cerrada con llave, cada ventana cerrada, con nada y nadie para hacerle compañía. Ni siquiera libros. Nada que la molestase. Y siempre, la habitación se transformaba en una jaula con verjas de oro. Se encogía y se encogía hasta que le cortaba la piel, despertándola.

No soy el monstruo que los rumores me creen ser. No he hecho nada, no he manipulado a nadie. Ni siquiera he probado mi habilidad en meses, desde que Julian no ha tenido tiempo para enseñarme. Pero ellos no creen esto. He visto cómo me miran, incluso los Susurros de la casa Merandus. Incluso Elara. No la he oído en mi cabeza desde el banquete, cuando sus desprecios me llevaron a Tibe. Quizás esto le ha enseñado a no entrometerse. O quizás tiene miedo de mirar a mis ojos y escuchar mi voz, como si fuera alguna especie de igual a sus cortantes susurros. No lo soy, por supuesto. Estoy desprotegida sin esperanzas ante la gente como ella. Quizás debería agradecer a quien sea que ha empezado el rumor. Evita que los depredadores como ella me hagan presa.

Por culpa de Elara, soñaba con ojos azul claro siguiéndole cada movimiento, observando mientras llevaba la corona. La gente se inclinaba bajo su mirada y se burlaba cuando se giraba alejándose, maquinando contra su recién nombrada reina. La temían y la odiaban en la misma medida, cada uno un lobo esperando a que fuera revelada como un cordero. Cantaba en el sueño, una canción sin palabras que no hacía nada más que duplicar su sed de sangre. Algunas veces la mataban,



otras la ignoraban, otras veces la metían en una celda. Las tres opciones la despertaban del sueño.

Hoy Tibe me ha dicho que me ama, que quiere casarse conmigo. No le creo. ¿Por qué querría tal cosa? No soy de ninguna importancia. Ninguna gran belleza o inteligencia, sin fuerza o poder para ayudar en su reinado. No le traigo nada más que preocupación y carga. Necesita alguien fuerte a su lado, una persona que se ría de los rumores y derrote sus propias dudas. Tibe es tan débil como lo soy yo, un chico solitario sin una trayectoria propia. Solo haré empeorar las cosas. Solo le traeré dolor. ¿Cómo puedo hacer esto?

Por culpa de Tibe soñaba que dejaba la corte para siempre. Como también quería hacer Julian, para proteger a Sara de quedarse atrás. Las ubicaciones variaban con las diferentes noches. Ciudades oscuras para desaparecer escondida del príncipe y la corona que le ofrecía. Pero la asustaban también. Y siempre estaban desiertas, incluso de fantasmas. En sus sueños, terminaba sola. De estos sueños, se despertaba en silencio, por la mañana, con lágrimas secas y dolor de corazón.

Aun así, no tenía la fuerza para decirle que no.

Cuando Tiberias Calore, heredero al trono de Norta, se puso sobre una rodilla con un anillo en la mano, lo tomó. Sonrió. Le besó. Dijo sí.

—Me has hecho más feliz de lo que nunca creí que podría ser —le dijo Tibe.

—Conozco el sentimiento —contestó ella, queriendo decir cada palabra. Estaba feliz, sí, a su manera, como ella sabía.

Pero hay una diferencia entre una vela solitaria en la oscuridad y un amanecer.

Hubo desacuerdo dentro de las Casas Altas. La Prueba de la Reina era su derecho, después de todo. Para casar al hijo más noble con la hija con más talento. Las casas Merandus, Samos, Osanos fueron una vez los que iban en cabeza, sus chicas preparadas para ser reinas sólo para tener la posibilidad de una corona arrebatada por alguna don nadie. Pero el rey se mantuvo firme. Y había precedentes. Al menos dos reyes Calore antes se habían casado fuera de las ataduras de la Prueba de la Reina. Tibe sería el tercero.

Como para disculparse por el desprecio de la Prueba de la Reina, el resto de la boda fue rigurosamente tradicional. Esperaron hasta que Coriane cumplió dieciséis años la primavera siguiente, prolongando el compromiso, lo que permitió a la familia real convencer, amenazar, y comprar su camino a la aceptación de las Casas Altas. Finalmente todos estuvieron de acuerdo con los términos. Coriane Jacos sería reina, pero sus hijos, todos ellos, estarían sujetos a bodas políticas. Un trato que no quería hacer, pero Tibe estaba dispuesto, y ella no podía decirle que no.

Por supuesto, Jessamine se atribuyó el mérito de todo. Incluso cuando Coriane estaba encorsetada en su vestido de novia, a una hora de casarse con un príncipe, la prima mayor alardeó después de una copa llena.

—Mira tu comportamiento, esos son los huesos Jacos. Esbelta, elegante como un pájaro.



Coriane no sentía nada de eso. *Si fuera un pájaro, entonces podría volar lejos con Tibe.* La tiara en su cabeza, la primera de muchas, se clavaba en su cuero cabelludo. No era una buena señal.

—Se te hará más fácil —le susurró al oído la reina Anabel. Coriane quería creerla.

Sin una madre, Coriane había aceptado con mucho gusto a Anabel y Robert como padres sustitutos. En un mundo perfecto, Robert incluso la hubiera acompañado hacia el altar en lugar de su padre, que seguía siendo un desgraciado. Como regalo de boda, Harrus había pedido cinco mil tetrarchs en asignación. No parecía entender que los regalos normalmente eran *regalados* a la novia, y no pedidos por ella. A pesar de su posición pronto-a-ser real, había perdido su gobierno por la mala gestión. Ya en la cuerda floja debido a la participación en el poco ortodoxo compromiso de Tibe, la realeza no podía hacer nada para ayudar y la casa Provos alegremente se encargó del gobierno de Aderonack.

Después de la ceremonia, el banquete e incluso después de que Tibe se hubiera quedado dormido en sus nuevos aposentos, Coriane garabateó en su diario. La caligrafía era apresurada, arrastrada, con letras inclinadas y manchas de tinta que se había filtrado en las páginas. Ya no escribía muy a menudo.

Me he casado con un príncipe que un día va ser rey. Normalmente aquí es donde el cuento de hadas termina. Los cuentos no van más lejos de esto, y me temo que hay una buena razón por ello. Una sensación de miedo flotaba hoy, una nube negra de la que aún no puedo deshacerme. Es una inquietud muy adentro en mi corazón, que se alimenta de mi fuerza. O quizás me estoy viniendo abajo enferma. Es totalmente posible. Sara lo sabrá.

Sigo soñando con sus ojos. Los de Elara. Sería posible... ¿Podría ser ella quien me envía estas pesadillas? Tengo que saberlo. Tengo. Debo. DEBO.

Para su primer acto como princesa de Nortá, Coriane contrató un consejero apropiado, y tomó a Julian en su casa. Los dos para perfeccionar su habilidad, y ayudarla defenderse contra lo que ella llamaba “molestias”. Una palabra cuidadosamente elegida. Una vez más, eligió mantener sus problemas para ella misma, para evitar que su hermano se preocupase, igual que a su nuevo marido.

Ambos estaban preocupados. Julian por Sara, y Tibe por otro bien guardado secreto.

El rey estaba enfermo.

Hicieron falta dos largos años para que la corte supiera que algo iba mal.

—Ha estado así durante algún tiempo —dijo Robert, con una mano en la de Coriane. Estaba en una terraza con él, su rostro una imagen de pena. El príncipe aún era guapo, aún sonreía, pero su fuerza se había ido, su piel era gris oscura, sin vida. Parecía estar muriendo con el rey. Pero lo de Robert era un mal de corazón, no de sangre y huesos, como los curanderos dijeron de la del rey. Un cáncer, una constante plagando a Tiberias con tumores y deterioro.

Tembló a pesar del sol por encima, sin mencionar el aire caliente de verano. Coriane sentía sudor en su nuca, pero igual que Robert, tenía frío en el interior.



—Los curanderos de piel solo pueden hacer un tanto. Si solo se hubiera roto la columna vertebral, no hubiera sido problema para nada —La risa de Robert sonó hueca, un sonido sin notas. El rey aún no estaba muerto, y el consorte ya era una sombra de sí mismo. Y mientras ella temía por su suegro, sabiendo la dolorosa muerte enferma que le esperaba, estaba aterrada por perder a Robert también. *Él no puede venirse abajo con esto. No lo dejare.*

—Está bien, no necesitas explicarlo —murmuró Coriane. Hizo lo posible para no llorar, aunque cada milímetro de ella quería. *¿Cómo puede pasar esto? ¿No somos Plateados? ¿No somos Dioses?*— ¿Necesita algo él? ¿O tú?

Robert esbozó una amplia sonrisa. Sus ojos se movieron rápidamente a su vientre, aún no redondeado por la vida de dentro. Un príncipe o princesa, todavía no lo sabía.

—Le gustaría haber visto a este.

La casa Skonos intentó de todo, incluso cambiar periódicamente la sangre del rey. Pero por lo que sea la enfermedad que tenía no desapareció. Le agotaba más rápido de lo que ellos le podían sanar. Normalmente Robert estaba con él en su habitación, pero hoy había dejado a Tiberias con su hijo, y Coriane sabía por qué. El final estaba cerca. La corona iba a pasar y había cosas que solo Tibe podía saber.

El día que el rey murió, Coriane marcó la fecha y coloreó la página entera del diario con tinta negra. Hizo lo mismo unos meses más tarde por Robert. Su amado se había ido, su corazón se negó a latir. Algo le comió también, y al final, se lo tragó entero. No pudo hacerse nada. Nadie pudo evitar que tomase el camino de las sombras. Coriane lloró vehemente al mismo tiempo que dibujaba el día de su final en su diario.

Continuó con la costumbre. Páginas negras para muertes negras. Una por Jessamine, su cuerpo simplemente demasiado viejo para seguir. Otra para su padre, quien encontró su muerte en el fondo de la botella.

Y tres por los abortos que sufrió a lo largo de los años. Cada uno llegó durante la noche, después de una pesadilla violenta.



6

Coriane tenía veintiuno y estaba embarazada por cuarta vez.

No se lo dijo a nadie, ni siquiera a Tibe. No quería romperle el corazón. Más que nada, quería que nadie lo supiera. Si Elara Merandus estaba de verdad continuando acosándola, volviendo su propio cuerpo en contra del niño no nacido, no quería ninguna clase de anuncio dando la bienvenida a otro heredero.

El miedo de una reina frágil no tenía fundamento para exiliar una persona de clase alta, dejar alejada a una tan poderosa como Merandus. Así que Elara aún estaba en la corte, la última de las tres candidatas favoritas para la Prueba de la Reina aun sin casarse. No le hizo ninguna propuesta a Tibe. Al contrario, periódicamente pedía unirse al círculo de damas de Coriane, y periódicamente su petición era denegada.

Será una sorpresa cuando la busque yo pensó Coriane, revisando su triste pero necesario plan. *Estará con la guardia baja, bastante sorprendida por mí para trabajar.* Había practicado con Julian, Sara, incluso con Tibe. Sus habilidades eran mejor que nunca. *Triunfaré.*

El Baile de Despedida marcando el final de la temporada en el palacio de verano era la coartada perfecta. Tantos huéspedes, tantas mentes. Sería fácil acercarse a Elara. No se esperaba que la reina Coriane le hablara, mucho menos encantarla. Pero Coriane haría las dos cosas.

Se aseguró de vestirse para la ocasión. Incluso ahora, con el peso de la corona encima de ella, se sentía fuera de lugar en sus sedas carmesí-doradas, una niña jugando a vestirse elegante frente a las damas y caballeros de su entorno. Tibe silbaba como siempre lo hacía, llamándola guapísima, asegurando que era la única mujer para él en este mundo o cualquier otro. Normalmente la calmaba, pero ahora estaba nerviosa, concentrada en la tarea que tenía entre manos.

Todo se movía a la vez demasiado lento y demasiado rápido para su gusto. La comida, el baile, saludando a tantas sonrisas y ojos entrecerrados. Aún era la Reina Cantante para mucha gente, una mujer que consiguió hizo su camino al trono con un hechizo. *Si solo fuera la verdad. Si solo fuera lo que ellos piensan de mí, entonces Elara no sería una consecuencia, no pasaría cada noche despierta, con miedo de dormir, con miedo de soñar.*

Su oportunidad llegó tarde en la noche, cuando el vino estaba terminándose y Tibe estaba con su preciado whiskey. Se alejó de su lado, dejando a Julian para



atender a su marido borracho. Ni siquiera Sara se había dado cuenta de que su reina se había escabullido, para cruzar el camino hacia Elara Merandus mientras aquella estaba sin moverse en las puertas del balcón.

—Ven fuera conmigo, ¿te importa, Lady Elara? —dijo Coriane, sus ojos muy abiertos y enfocados como un láser en los de Elara. Para cualquiera que pudiera pasar por su lado, su voz sonaba como música y cantico las dos cosas, elegante, peligrosa, rompiendo el alma. Un arma tan devastadora como el fuego de su marido.

Los ojos de Elara no parpadearon, trabados en los de Coriane, y la reina sintió que su corazón revoloteaba. *Céntrate*, se dijo a sí misma. *Céntrate, maldita sea*. Si la mujer Merandus no podía ser hechizada, entonces Coriane estaría en algo mucho peor que sus pesadillas.

Pero lentamente, muy lentamente, Elara dio un paso atrás, nunca rompiendo el contacto visual.

—Sí —dijo débilmente, empujando la puerta del balcón para abrirla con una mano.

Caminaron fuera juntas, Coriane sosteniendo a Elara por el hombro, evitando que se tambaleara. Fuera, la noche era pegajosamente caliente, los últimos soplos del verano en lo alto del valle. Coriane no sentía nada de esto. Los ojos de Elara eran la única cosa en su mente.

—¿Has estado jugando con mi mente? —le preguntó, cortando directamente hacia sus intenciones.

—No desde hace un tiempo —respondió Elara, su mirada distante.

—¿Cuándo fue la última vez?

—El día de tu boda.

Coriane parpadeó, sorprendida. *Hace mucho tiempo*.

—¿Qué? ¿Qué hiciste?

—Te hice tropezar. —Una sonrisa cruzó por el rostro de Elara—. Te hice tropezar con tu vestido.

—Eso... ¿eso es todo?

—Sí.

—¿Y los sueños? ¿Las pesadillas?

Elara no dijo nada. *Porque no hay nada para decir* pensó Coriane. Trago aire, luchando con la necesidad de llorar. *Estos miedos son míos. Siempre han estado. Siempre estarán. Estaba equivocada antes de llegar a la corte y sigo equivocada mucho tiempo después*.

—Vuelve dentro —espetó finalmente—. No recuerdes nada de esto. —Luego se giró alejándose, rompiendo el contacto visual que tan desesperadamente necesitaba para mantener a Elara bajo su control.



Como una persona cuando se despierta, Elara parpadeó rápidamente. Dirigió una mirada confundida a la reina, antes de alejarse apresuradamente, de vuelta dentro a la fiesta.

Coriane se movió en la dirección opuesta, de cara al balcón de piedra. Se apoyó sobre ella, intentando recuperar su aliento, intentando no llorar. La vegetación se extendía debajo de ella, un jardín con fuentes y piedras a más de trece metros abajo. Por un solo, paralizante momento, luchó con las ganas de saltar.

El día siguiente, tomó un guardia en su servicio, para protegerla de cualquier habilidad plateada en caso que alguien pudiera usarla contra ella. Si no era Elara, entonces seguro que alguien más de la casa Merandus. Coriane simplemente no podía creer como su mente parecía escaparse de su control, feliz en un segundo y después distraída en el siguiente, saltando entre las emociones como un cometa en una tempestad.

El guardia era de la casa Arven, la casa silenciosa. Su nombre era Rane, un salvador vestido en blanco y juró proteger a su reina contra de todas las fuerzas.

Nombraron al bebe Tiberias, como de costumbre. Coriane no se preocupó por el nombre, pero consintió la petición de Tibe y su promesa de que iban a nombrar al siguiente bajo el nombre de Julian. Era un bebé grande, precoz sonriente, incluso se reía, creciendo más grande con saltos y brincos. Ella le llamaba Cal para distinguirlo de su padre y su abuelo. Se quedó.

El niño era el sol en el cielo de Coriane. En los días duros, él rompía la oscuridad. En los días buenos, iluminaba el mundo. Cuando Tibe se fue lejos al frente, durante semanas ya en un tiempo en que la guerra corría quemando de nuevo, Cal la mantuvo segura. Con solo unos meses y mejor que cualquier escudo del reino.

Julian mimaba al niño, trayéndole juguetes, leyéndole. Cal era capaz de romper cosas y juntarlas de nuevo de forma incorrecta, para el disfrute de su madre. Ella pasaba largas horas recomponiendo las piezas de sus destrozados juguetes, divirtiéndole tanto a él como a ella misma.

—Será más grande que su padre —dijo Sara. No solo era la líder de las damas de compañía, también era su psicóloga—. Es un niño fuerte.

Cuando cualquier otra madre se hubiera deleitado por sus palabras, Coriane las temía. *Más grande que su padre, un chico fuerte.* Sabía que significaba esto para un Calore, heredero de la Corona Ardiente.

Él no va ser un soldado, escribió ella en su diario. *Le debo tanto. Los hijos y las hijas de la casa Calore han estado luchando demasiado tiempo, demasiado tiempo ha tenido este país un rey guerrero. Demasiado tiempo hemos estado en guerra, en el frente y al mismo tiempo dentro. Puede que sea un crimen escribir estas cosas, pero yo soy una reina. Soy la reina. Puedo escribir y decir lo que pienso.*

Mientras pasaban los meses, Coriane pensaba más y más en su casa de la infancia. La hacienda había desaparecido, destrozada por los gobernadores Provos, deshabitada de sus recuerdos y fantasmas. Estaba demasiado cerca de la frontera Lakelander para que los Plateados viviesen ahí, aunque sin embargo la guerra



había sido contenida a los territorios bombardeados del Choke. Aunque unos pocos Plateados habían muerto, a pesar de que los Rojos morían a miles. Reclutados a la fuerza de todas las partes del país, obligados a servir y luchar. *Mi reino supo Coriane. Mi marido firma cada renovación de reclutamiento forzado, sin parar nunca el ciclo, solamente quejándose sobre los calambres en sus brazos.*

Miró a su hijo jugar en el suelo, sonriendo con un solo diente, golpeando un par de bloques de madera entre ellos. *Él no va ser igual, se decía a sí misma.*

Las pesadillas habían regresado en serio. Esta vez eran sobre su bebé de mayor, vistiendo armadura, liderando soldados, enviándoles a una cortina de humo. Él los seguía y nunca volvía.

Con ojeras bajo sus ojos, escribió lo que se convertiría en la penúltima entrada en su diario. Las palabras parecían talladas en la página. No había dormido en tres días, incapaz de afrontar otro sueño donde su hijo moría.

Los Calores son hijos del fuego, tan fuertes y destructivos como sus llamas, pero Cal no va ser como los otros. El fuego puede destruir, el fuego puede matar, pero también puede crear. Los bosques quemados en verano serán verdes en primavera, mejores y más fuertes que antes. Las llamas de Cal construirán y traerán raíces de las astillas de guerra. Las armas se callarán, el humo se aclarará y los soldados, Rojos y Plateados juntos, volverán a casa. Cien años de guerra y mi hijo traerá la paz. No va morir luchando. No lo hará. NO LO HARÁ.

Tibe se fue, a Fort Patriot en la Bahía de Harbor. Pero Arven permanecía justo al lado fuera de su puerta, su presencia formando una burbuja de alivio. *Nada me puede tocar mientras él esté aquí,* pensaba acariciando el suave cabello en la cabeza de Cal. *La única persona en mi cabeza soy yo.*

La enfermera que vino a recoger al bebe observo la actitud nerviosa de la reina, su retorcer de manos, los ojos vidriosos, pero no dijo nada. No era su lugar.

Otra noche llegó y pasó. Sin dormir, pero con una última entrada en el diario de Coriane. Había dibujado flores alrededor de cada palabra, flores de magnolia.

La única persona en mi cabeza soy yo.

Tibe no es el mismo. La corona lo ha cambiado, como temías que lo haría. El fuego está en él, el fuego que va a quemar el mundo entero. Y está en tu hijo, en el príncipe que nunca va cambiar su sangre y nunca se va sentar en el trono.

La única persona en mi cabeza soy yo.

La única persona que no ha cambiado eres tú. Tú aún eres la pequeña niña en una habitación polvorienta, olvidada, no deseada, fuera de lugar. Eres la reina de todos, madre de un hermoso hijo, esposa de un rey que te ama, y aún no puedes encontrar en ti el poder de sonreír.

Sigues sin hacer nada.

Sigues vacía.

La única persona en tu cabeza eres tú.

Y ella no es nada de importancia.



Ella no es nadie.

En la siguiente mañana, un sirviente encontró su corona de boda rota en el suelo, una explosión de perlas y oro torcido. Había plateado en ella, sangre oscura por las horas que habían pasado.

Y el agua de su váter estaba oscura con él.

El diario terminaba sin final, sin ser visto por quien merecía leerlo.

Sólo Elara vio sus páginas, y el lento desenredo del interior de la mujer.

Destrozó el diario como había destrozado a Coriane.

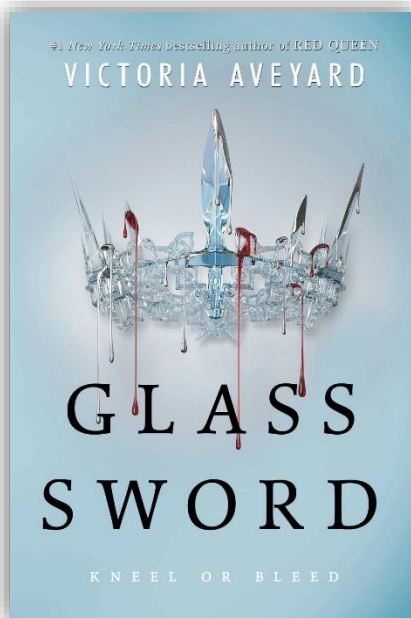
Y no soñó nada.

Fin



Próximamente

GLASS SWORD



Si hay algo que Mare Barrow sabe, es que es diferente.

La sangre de Mare Barrow es roja —el color de la gente común— pero su habilidad de Plateada, el poder de controlar el rayo, se ha convertido en un arma que la corte real intenta controlar.

La corona la llama una imposibilidad, una farsa, pero cuando escapa de Maven, el príncipe — el amigo— que la traicionó, Mare descubre algo sorprendente: ella no es la única de su especie.

Perseguida por Maven, ahora un rey vengativo, Mare se propone encontrar y reclutar otros combatientes Rojos y Plateados para que se unan a la lucha contra sus opresores.

Pero Mare se encuentra en un camino mortal, en riesgo de convertirse en exactamente el tipo de monstruo que está intentando derrotar.

¿Se romperá bajo el peso de las vidas que son el coste de la rebelión? ¿O es que la traición y la deslealtad la han endurecido para siempre?

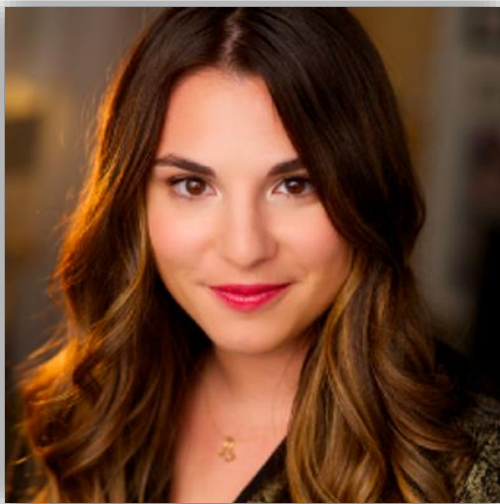


43

VICTORIA AVEYARD

Sobre la autora

Victoria Aveyard



Victoria Aveyard nació y creció en East Longmeadow, Massachusetts, un pequeño pueblo conocido solo por el peor tráfico rotativo en todo el territorio continental de Estados Unidos. Se mudó a Los Ángeles para conseguir un grado de Artes en escritura de guiones en la Universidad del Sur de California, y se quedó ahí a pesar de la falta de estaciones. Actualmente es autora y guionista, y usa su carrera como excusa para leer demasiados libros y ver demasiadas películas. Puedes visitarla online en www.victoriaaveyard.com.



44

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

